



Asamblea General

PROVISIONAL

A/40/PV.48
24 octubre 1985

ESPAÑOL

Cuadragésimo período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 48a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el jueves 24 de octubre de 1985, a las 10.00 horas

Presidente:

Sr. DE PINIÉS

(España)

- Celebración del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas [39]:
(continuación)

Discursos pronunciados por:

Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América

Sr. Zhao Ziyang, Primer Ministro de la República Popular de China

Sr. Rajiv Gandhi, Primer Ministro de la República de la India

La Muy Honorable Sra. Margaret Thatcher, Primera Ministra del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte

El Muy Honorable David Lange, Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Nueva Zelanda

Sr. Eduard A. Shevardnadze, Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

Sr. Roland Dumas, Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Presidente de la República Francesa

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 10.10 horas.

TEMA 39 DEL PROGRAMA

CELEBRACION DEL CUADRAGESIMO ANIVERSARIO DE LAS NACIONES UNIDAS (continuación)

El PRESIDENTE: Esta mañana la Asamblea General escuchará en primer lugar un discurso de Su Excelencia el Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América.

Su Excelencia el Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado a la tribuna.

El Presidente REAGAN (Estados Unidos de América) (interpretación del inglés): Deseo agradecer a la Asamblea General el honor de permitirme hablar en este aniversario de las Naciones Unidas.

Hace 40 años el mundo se despertó y se atrevió a creer que la garra inflexible del odio había sido finalmente rota, que la antorcha de la paz sería protegida con el firme sostén de la libertad.

Hace 40 años el mundo sintió ansias de soñar de nuevo sueños inocentes, de creer en los ideales con confianza inocente. Los sueños de confianza son muy valiosos, pero en estos 40 años se han hecho añicos demasiados sueños, se han roto muchas promesas, se han perdido demasiadas vidas. La dolorosa verdad es que el uso de la violencia para tomar, ejercer y conservar el poder sigue siendo una realidad persistente en muchas partes del mundo.

La previsión de la Carta de las Naciones Unidas de "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra", sigue siendo real. Todavía inspira nuestro espíritu y alegra nuestros corazones. Pero también exige de nosotros un realismo duro como una roca, penetrante, firme y seguro; un realismo que comprenda que las naciones de las Naciones Unidas no están unidas.

Me presento ante ustedes esta mañana preocupado por la paz, preocupado por asegurar que no puede permitirse que las diferencias existentes entre algunos de nosotros degeneren en un conflicto abierto. Y me presento ante ustedes para ofrecerles, en nombre de mi país, un nuevo compromiso, un nuevo comienzo.

En este aniversario de las Naciones Unidas reconocemos los éxitos de la Organización: su acción decisiva durante la guerra de Corea; la negociación del

Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares; el firme apoyo a la descolonización, y los encomiables logros del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Tampoco debemos cerrar nuestros ojos ante las decepciones de esta Organización: su fracaso al no tratar las verdaderas cuestiones de la seguridad internacional; la inversión total de la moralidad en la infame resolución de igualar al sionismo con el racismo; la politización de demasiados de sus organismos; el abuso de muchos de sus recursos.

Las Naciones Unidas son una institución política y la política requiere transacciones; lo reconocemos. Pero no olvidemos que ya en aquellos primeros días se suponía que una estrella iba a iluminar nuestro camino hacia la visión de las Naciones Unidas, hacia la paz y el progreso: la estrella de la libertad.

¿Qué clase de pueblos seremos dentro de 40 años? Permítasenos responder: pueblos libres, dignos de la libertad y firmemente convencidos de que la libertad no es prerrogativa de unos pocos elegidos, sino un derecho universal de todos los hijos de Dios.

Esta es la Declaración Universal de Derechos Humanos enunciada en 1948, y esta es la llama que han levantado los Estados Unidos ante un mundo vigilante. Somos paladines de la libertad no sólo porque es práctica y beneficiosa, sino porque es moralmente correcta y justa.

Los pueblos libres, cuyos gobiernos se basan en el consentimiento de los gobernados, no libran guerras contra sus vecinos; los pueblos libres, bendecidos por las oportunidades económicas y protegidos por las leyes que respetan la libertad del individuo, no son empujados hacia la dominación de los demás.

Reconocemos sin dificultad que los Estados Unidos están muy lejos de ser un país perfecto. Pero nos hemos esforzado sinceramente en cumplir nuestra responsabilidad en virtud de la Carta en los últimos 40 años y nos enorgullecemos como nación por nuestra contribución a la paz.

Nos enorgullecemos por los 40 años en que hemos ayudado a impedir una nueva guerra mundial y por las alianzas que nos protegen y preservan a nosotros y a nuestros amigos de la agresión. Nos enorgullecemos por los acuerdos de Camp David y por nuestros esfuerzos en pro de la paz en el Oriente Medio, en base a las resoluciones 242 (1967) y 338 (1973); por nuestro apoyo a Pakistán, blanco de una intimidación del exterior; por nuestra ayuda a la lucha de El Salvador por llevar adelante su revolución democrática; por responder al llamamiento de nuestros amigos

caribeños de Granada; por ver al Representante de Granada hoy aquí votando de acuerdo con la voluntad de su propio pueblo. Y nos enorgullecemos por nuestras propuestas para reducir las armas de guerra.

Presentamos estos antecedentes como prueba de la sinceridad de nuestros propósitos. Pero hoy es más importante hablar acerca de lo que mi país se propone hacer en estos últimos años del siglo XX para lograr un mundo más seguro, más pacífico y más civilizado.

Comencemos con franqueza, con palabras que se basen en hechos llanos y sencillos: las diferencias entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética son profundas y persistentes.

Los Estados Unidos son una nación democrática. Aquí gobierna el pueblo. No edificamos barreras para mantenerlo dentro ni organizamos un sistema policial para acallar al pueblo. Nosotros no ocupamos ningún país. La única tierra en el extranjero que ocupamos se encuentra bajo las tumbas donde descansan nuestros héroes. Lo que se conoce como el Occidente es una asociación voluntaria de naciones libres que defienden ardientemente su independencia y su soberanía. Y así como amamos profundamente nuestras creencias no queremos obligar a los demás a compartirlas.

Cuando disfrutamos de esta amplia libertad, tal como lo hacemos, es difícil comprender las restricciones de las dictaduras que tratan de controlar cada institución y cada faceta de la vida de sus pueblos, la expresión de sus creencias, sus movimientos y sus contactos con el mundo exterior. Nos es difícil comprender la premisa ideológica de que la fuerza es una manera aceptable de expandir un sistema político.

Nosotros, los norteamericanos, no aceptamos que ningún gobierno tenga derecho a mandar y ordenar la vida de su pueblo, que ninguna nación tenga el derecho histórico de usar la fuerza para exportar su ideología. Esta creencia, relativa a la naturaleza del hombre y las limitaciones de los gobiernos, constituye el meollo de nuestras profundas y constantes diferencias con la Unión Soviética, que nos ponen en conflicto natural y en rivalidad mutua.

Acogeríamos con entusiasmo una verdadera rivalidad de ideas, una rivalidad de fuerza económica y de creatividad científica y artística y, desde luego, una rivalidad para concitar la buena voluntad de los pueblos del mundo. Pero no podemos aceptar el uso de la fuerza y la subversión para consolidar y expandir el ámbito del totalitarismo.

Cuando el Sr. Gorbachev y yo nos reunamos en Ginebra el mes que viene, espero que haya un nuevo comienzo de las relaciones entre las dos naciones. Podemos y debemos reunirnos con el espíritu de que podemos arreglar todas nuestras diferencias pacíficamente. Eso es lo que anhelamos.

La única manera de resolver diferencias es comprenderlas. Debemos discutir sincera y totalmente acerca de cuáles son los puntos peligrosos y dónde puede ser perturbada la paz. No se equivoquen: nuestra política de competencia abierta y firme se basa en una visión realista del mundo. Por tanto, en Ginebra debemos examinar las razones del actual nivel de desconfianza.

Por ejemplo, en 1972 la comunidad internacional negoció de buena fe una prohibición de las armas biológicas y tóxicas. En 1975 negociamos los acuerdos de Helsinki sobre los derechos y las libertades humanos fundamentales. Y durante el decenio que acaba de terminar los Estados Unidos y la Unión Soviética negociaron varios acuerdos sobre armas estratégicas. Sin embargo, creemos que en Ginebra sería necesario discutir con la Unión Soviética lo que a nuestro juicio son violaciones de una serie de disposiciones comprendidas en todos esos acuerdos. En realidad, es por eso que resulta importante que tengamos esta oportunidad de ventilar nuestras diferencias en reuniones cara a cara; que las conversaciones francas sean el sustituto de la ira y de la tirantéz.

Los Estados Unidos nunca han buscado concertar tratados simplemente para ocultar diferencias. Seguimos creyendo que no se puede ganar una guerra nuclear y que nunca debe tener lugar. Por ello hemos buscado durante cerca de 10 años, y - aún lo hacemos y lo discutiremos en Ginebra -, reducciones radicales, equitativas y verificables de estos enormes arsenales de armas nucleares ofensivas.

Al comienzo de la última serie de las negociaciones que tienen lugar en Ginebra la Unión Soviética presentó una propuesta específica que involucra valores numéricos. Estamos estudiando cuidadosamente la contrapropuesta. Creo que dentro de ella hay semillas que deberíamos alimentar y en las próximas semanas trataremos de establecer un genuino proceso de intercambio.

Los Estados Unidos están también tratando de discutir con la Unión Soviética en Ginebra la relación vital entre los sistemas ofensivos y defensivos, incluyendo la posibilidad de avanzar hacia un mundo más estable y seguro, en el que las defensas desempeñen un papel creciente.

El proyectil balístico es el arma más terrible, amenazadora y destructiva de la historia del hombre. Por lo tanto, acojo con beneplácito el interés del nuevo liderazgo soviético en la reducción de las fuerzas estratégicas ofensivas. En definitiva, debemos eliminar de una vez por todas esta amenaza de la faz de la Tierra.

Mientras llega ese día, los Estados Unidos tratan de escapar a la prisión del terror mutuo mediante la investigación y los ensayos que oportunamente podrían permitirnos neutralizar la amenaza de estos proyectiles balísticos y, finalmente, hacerlos obsoletos.

¿Cómo está amenazada Moscú, si las capitales de otras naciones son protegidas? No pedimos que los dirigentes soviéticos - cuyo país ha sufrido tanto en la guerra - dejen a su pueblo indefenso contra un ataque exterior. ¿Por qué, entonces, insisten en que nosotros continuemos indefensos? ¿A quién se amenaza si la investigación occidental - así como la soviética, que es bien avanzada - puede desarrollar un sistema no nuclear que no amenazaría a los seres humanos, sino solamente a los proyectiles balísticos?

Sin duda el mundo dormirá más seguro cuando estos proyectiles sean inútiles, militar y políticamente; cuando la espada de Damocles que se ha cernido sobre nuestro planeta durante tantos decenios, sea quitada por los científicos occidentales y rusos que trabajen para proteger a sus ciudadanos y cerrar un día el espacio a las armas de destrucción en masa.

Si estamos destinados por la historia a competir militarmente, a mantener la paz, compitamos en sistemas que defiendan a nuestras sociedades y no en armas que puedan destruirnos a ambas y a gran parte de la creación de Dios junto con nosotros.

Hace alrededor de dieciocho años, se preguntó al entonces Premier Alekséi Kosygin acerca de una moratoria en el desarrollo de un sistema de defensa antimisiles. La agencia oficial de noticias soviéticas, TASS, informó que contestó con estas palabras:

"Creo que los sistemas defensivos, que impiden un ataque, no son la causa de la carrera de armamentos, pero constituyen un factor que impide la muerte de la gente ... Puede ser que un sistema antimisiles sea más costoso que un sistema ofensivo, pero está destinado no a matar personas, sino a preservar vidas humanas."

Preservar vidas! No hay paz más fundamental que esa. Nos quedan por superar grandes obstáculos, pero no deben disuadirnos. La paz es un mandamiento de Dios. La paz es la sombra sagrada de los hombres que transitan la senda de la virtud.

Pero, así como todos sabemos lo que es la paz, también sabemos lo que no es la paz.

La paz basada en la represión no puede ser una paz verdadera y sólo es segura cuando los individuos son libres de dirigir su propio Gobierno.

La paz basada en la partición no puede ser una paz verdadera. En pocas palabras: nada puede justificar la división continua y permanente del continente europeo. Los muros de partición y desconfianza deben dar lugar a una mayor comunicación en un mundo abierto. Antes de partir para Ginebra haré nuevas propuestas para lograr este objetivo.

La paz basada en el temor mutuo no puede ser una verdadera paz, porque no es suficiente poner en juego nuestro futuro en base a un equilibrio del terror precario. El mundo necesita un equilibrio de seguridad.

Finalmente, una paz basada en cerrar los ojos a los problemas, no puede ser una paz verdadera. Las consecuencias del conflicto son tanto más trágicas cuando la destrucción está contenida dentro de un país.

Lo que buscamos es la verdadera paz, y por ello los Estados Unidos presentan hoy una iniciativa que se refiere a lo que constituirá una cuestión central en Ginebra: los conflictos regionales en Africa, Asia y Centroamérica.

Nuestra posición es clara: como la nación más antigua del Nuevo Mundo, como la primera Potencia anticolonial, los Estados Unidos se mostraron complacidos cuando la descolonización dio nacimiento a tantas nuevas naciones después de la Segunda Guerra Mundial. Siempre hemos defendido el derecho del pueblo de cada nación a definir su propio destino. Desde 1945 hemos dado 300.000 millones de dólares para ayudar a los pueblos de otros países. Y hemos tratado de ayudar a gobiernos amigos a defenderse contra la agresión, la subversión y el terror.

Hemos tomado nota con gran interés de expresiones similares de intenciones pacíficas de parte de dirigentes de la Unión Soviética. No estoy aquí para desafiar la buena fe de lo que dicen, pero ¿no es importante que también tengamos en cuenta los antecedentes?

En el Afganistán hay 118.000 soldados soviéticos que prosiguen su guerra contra el pueblo afgano.

En Camboya, 140.000 soldados vietnamitas apoyados por los soviéticos libran una guerra de ocupación.

En Etiopía, 1.700 asesores soviéticos intervienen en planes militares y operaciones de apoyo, junto con 2.500 soldados cubanos.

En Angola, 1.200 asesores militares soviéticos planifican y supervisan las operaciones de combate, junto con 35.000 soldados cubanos.

En Nicaragua hay alrededor de 8.000 personas del bloque soviético y cubano, entre ellas cerca de 3.500 militares y policías secretos.

Todos estos conflictos - algunos de los cuales se arrastran desde hace un decenio - encuentran su origen en disputas locales, pero tienen una característica común: son la consecuencia de una ideología impuesta desde afuera, que divide a las naciones y crea regímenes que se hallan, casi desde el día en que tomaron el poder, en guerra con su propio pueblo. Y en cada caso, la guerra marxista-leninista con el pueblo se convierte en una guerra con sus vecinos.

Estas guerras exigen sacrificios humanos asombrosos y amenazan con extenderse a través de fronteras nacionales, desencadenando peligrosos enfrentamientos.

¿Dónde es más apropiado que aquí, en las Naciones Unidas, señalar a la atención el Artículo 2 de nuestra Carta, que pide a los Miembros que se abstengan de "recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado ..."?

Durante la última década estas guerras desempeñaron un importante papel en el fomento de las sospechas y las tiranteces en mi país en lo que se refiere al propósito de la política soviética. Esto nos suministra una razón adicional para dirigirnos hoy a ellos con toda seriedad.

El año pasado propuse desde esta tribuna que los Estados Unidos y la Unión Soviética celebráramos discusiones sobre algunas de estas cuestiones, y lo hemos hecho. Sin embargo, creo que estos problemas necesitan más que conversaciones. Por esa razón proponemos, y nos comprometemos a apoyar plenamente un proceso regional de paz que busque el progreso en tres niveles.

Primero, creemos que el punto de partida debe ser un proceso de negociación entre las partes en guerra en cada país que he mencionado, lo que, en el caso del Afganistán, incluye a la Unión Soviética. La forma de estas conversaciones puede y debería variar, pero son esenciales las negociaciones y un mejoramiento de las condiciones políticas internas para lograr el fin de la violencia, la retirada de las tropas extranjeras y la reconciliación nacional.

Hay un segundo nivel: una vez que tengan lugar las negociaciones y las partes directamente interesadas, realicen un progreso real, deben reunirse los representantes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. No nos corresponde imponer soluciones en esta serie de conversaciones separadas; tales soluciones no durarían. La cuestión que deberíamos tratar es la de cómo respaldar mejor las conversaciones en curso entre las partes beligerantes. En algunos casos, podría muy bien ser apropiado examinar garantías para cualquier acuerdo ya logrado. En todo caso, la tarea primordial es la de promover este objetivo: la eliminación verificada de la presencia militar extranjera y la limitación del flujo de las armas desde afuera.

Finalmente, si estas dos primeras medidas tienen éxito, podremos pasar a la tercera, dando la bienvenida a cada país de nuevo en la economía mundial, de manera que sus ciudadanos puedan compartir el crecimiento dinámico de que otros países en desarrollo - países en donde reina la paz - disfrutan. A pesar de las diferencias pasadas con estos regímenes, los Estados Unidos responderían generosamente a la reconciliación democrática de dichos regímenes con su propio pueblo, a su respeto de los derechos humanos y a su retorno a la familia de las naciones libres.

Desde luego, hasta el momento en que estas negociaciones alcancen un progreso definitivo, el apoyo norteamericano a las fuerzas combatientes democráticas de la resistencia no debe cesar y no cesará.

Este plan es audaz. Este plan es realista. No es un sustituto para los esfuerzos que se hacen actualmente para lograr la paz; los complementa. No estamos tratando de resolver todos los conflictos en todas las regiones del mundo, y reconocemos que cada conflicto tiene su propia característica. Naturalmente, existen otros problemas regionales que precisarán de enfoques diferentes. Pero creemos que los modelos de conflictos periódicos que vemos en estos cinco casos deben romperse cuanto antes.

Debemos comenzar por alguna parte; por lo tanto, comencemos por donde existe una gran necesidad y una gran esperanza. Esto constituirá un paso claro encaminado a ayudar a la gente a escoger su futuro de una manera más libre. Además, esta es una oportunidad extraordinaria para que la parte soviética haga una contribución a la paz regional, lo cual, a su vez, puede promover el diálogo y las negociaciones futuras sobre otros temas críticos.

Trabajando arduamente y con imaginación, no hay límite para lo que, trabajando juntos, nuestras naciones pueden alcanzar. Al conseguir la solución pacífica para estos conflictos se abrirán perspectivas completamente nuevas para la paz y el progreso: el descubrimiento de que la esperanza del futuro reside no en medidas de defensa militar o en la limitación de los armamentos, sino en el aumento de la libertad individual y de los derechos humanos.

Sólo cuando el espíritu humano puede practicar su culto, crear y construir; sólo cuando los pueblos pueden aportar su contribución personal en la determinación de su propio destino y en el beneficio de sus propios riesgos, las sociedades se vuelven prósperas, progresivas, dinámicas y libres.

Sólo necesitamos abrir nuestros ojos ante la evidencia económica en torno a nosotros. Las naciones que niegan a su pueblo esa oportunidad - en Europa oriental, Indochina, Africa meridional y Latinoamérica - sin excepción, se van quedando más a la zaga en la carrera hacia el futuro.

Pero donde vemos a líderes esclarecidos que comprenden que la libertad económica y el incentivo personal son la llave para el desarrollo, vemos que las economías avanzan: Singapur, Taiwán y Corea del Sur, India, Botswana y China. Estas son naciones que constituyen ejemplos actuales de éxito, porque han tenido el valor de dar una oportunidad al estímulo económico.

Prestemos atención a la sencilla elocuencia del mensaje del Premio Nobel de la Paz, Andrei Sakharov:

"La confianza internacional, el entendimiento mutuo, el desarme y la seguridad internacional son inconcebibles sin una sociedad, abierta con libertad de información, libertad de conciencia, con el derecho de publicar y con el derecho a viajar y a escoger el país en el cual uno desea vivir."

En su esencia, esta es una verdad eterna. La libertad funciona. Esta es la promesa de un mundo abierto que sólo espera nuestro empeño colectivo. Hace 40 años, resurgió de nuevo la esperanza en un mundo que estaba hambriento de ella. Creo fervientemente que la esperanza está todavía viva.

Los Estados Unidos han hablado con sinceridad y convicción en el día de hoy, pero esto no debilita los profundos sentimientos que experimenta todo norteamericano. Está en la naturaleza de los norteamericanos odiar la guerra y su destrucción. Preferiríamos combatir para reconstruir y renovar, no para destruir. Preferiríamos luchar contra el hambre, las enfermedades y las catástrofes. Preferiríamos comprometer a nuestros adversarios en la batalla de los ideales y de las ideas para el futuro.

Estos principios emergen de la sinceridad innata y del buen carácter de nuestro pueblo, y de nuestra larga lucha y sacrificio para conquistar nuestras libertades y las de los demás. Los norteamericanos siempre han ansiado la paz. Tienen pasión por la vida. Llevan en sus corazones la profunda capacidad para la reconciliación.

El año pasado en esta Asamblea General, indiqué que existía todo tipo de razones para que los Estados Unidos y la Unión Soviética acortaran la distancia entre ellos. En Ginebra - donde tendrá lugar la primera reunión en más de seis años entre los dos Jefes de Gobierno - el Sr. Gorbachev y yo tendremos esta oportunidad.

Por lo tanto, sí, vayamos a Ginebra ambas partes con el deseo de emprender el diálogo. Comprometámonos las dos partes a conseguir un mundo con menos armas nucleares y, algún día, sin ninguna. Comprometámonos ambas partes a recorrer un sendero seguro que nos conduzca al siglo XXI y a echar los cimientos para una paz duradera.

Ya es hora, sin duda, de hacer algo más que hablar de un mundo mejor. Es hora de actuar. Y actuaremos cuando unas naciones dejen de tratar de imponer sus sistemas a otras. Y actuaremos cuando dichas naciones se den cuenta de que nosotros, para quienes el logro de la libertad ha llegado a ser tan caro, haremos lo que debamos para preservar la libertad de cualquier ataque.

América está comprometida con el mundo, porque una buena parte del mundo está dentro de América. Después de todo, sólo a unas pocas millas de esta sala, se encuentra nuestra Estatua de la Libertad, un pasado en el que la vida comenzó de nuevo para millones de personas, donde los pueblos de casi todos los países representados en esta Asamblea se unieron para construir estos Estados Unidos.

La sangre de cada nación corre por las venas americanas y alimenta el espíritu que nos alienta a participar en el destino de esta buena Tierra. Este es el mismo espíritu que calienta nuestro corazón para ayudar a mitigar el hambre desesperada de que es presa el orgulloso pueblo en el continente africano.

Es el mismo espíritu internacionalista que surgió de manera conjunta el mes pasado cuando nuestro vecino, México, fue asolado súbitamente por un terremoto. Aunque la nación mexicana se puso en movimiento vigorosamente, hubo ofertas generosas por parte de otras naciones que se ofrecieron a ayudar y se podía vislumbrar a la gente trabajando junta, y exclusivamente en beneficio de ese país. Y si hubo algún sentido para recobrase de esta tragedia, este tuvo lugar un día en el gran montón de escombros que fue una vez el Hospital Juárez en la Ciudad de México.

Una semana después de aquel terrible acontecimiento y cuando comenzaba otro día de desesperanza, un equipo de trabajadores escucharon un débil sonido que procedía de algún lugar del interior de los escombros de hormigón y del acero retorcido. Con la mayor de las esperanzas se pusieron a excavar rápidamente hacia aquel lugar. Cuando la última luz del atardecer palidecía, luchando contra el tiempo, descubrieron que los sonidos que habían escuchado procedían de la primera de tres niñas recién nacidas que fueron rescatadas con vida por este equipo de trabajadores.

Esta es la escena tal como la vio uno de los que estaban allí:

"Todo el mundo estaba muy callado cuando bajaron al pequeño bebé en una canasta cubierto con mantas. El bebé no emitió ningún sonido. Cuando al minuto siguiente lo introdujeron en una ambulancia de la Cruz Roja, todo el mundo se levantó y aplaudió."

Bien, entre toda esta desesperanza y escombros hubo una lección oportuna - e inoportuna - para todos nosotros. Presenciamos el milagro de la vida.

Es sobre esta base sobre la que yo creo que nuestras naciones pueden hacer un compromiso renovado. El milagro de la vida nos lo da Uno más grande que nosotros mismos. Pero cuando se nos da la vida, debemos alimentarla y preservarla; debemos cuidarla no solamente para el mundo de hoy, sino para uno mejor que ha de llegar.

No hay propósito más noble para nosotros que sostener y celebrar la vida en un mundo turbulento. Esto es lo que debemos hacer ahora. No tenemos un deber más importante ni una causa más grande en nuestra calidad de humanos. Estamos en esta Tierra para defender la vida y para preservar la libertad de vivirla con dignidad.

Todo lo que deseemos alcanzar debe ir en esta dirección, de manera que algún día nuestros primeros ministros, nuestros presidentes y nuestros secretarios generales hablarán no de la guerra y la paz, sino sólo de la paz. Hemos tenido 40 años para despertarnos. No desperdiciemos ni un solo momento más para devolverle al mundo todo lo que podamos a cambio de este milagro de la vida.

Su Excelencia el Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado fuera del recinto de la Asamblea General.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Primer Ministro de la República Popular de China, Su Excelencia el Sr. Zhao Ziyang.

Su Excelencia el Sr. Zhao Ziyang, Primer Ministro de la República Popular de China, es acompañado a la tribuna.

Sr. ZHAO Ziyang (China) (interpretación del chino): Las Naciones Unidas tienen ya 40 años de existencia. En los anales de la historia universal es raro que una organización política internacional muestre una vitalidad tan perdurable como las Naciones Unidas, cuyas universalidad e importancia aumentan a medida que pasa el tiempo. Ciertamente, las Naciones Unidas han recorrido un camino sinuoso y muestran carencias, pero son irremplazables dada la misión histórica que se les ha atribuido y la influencia que ejercen en el mundo. Eso nos permite afirmar hoy que el mundo necesita a las Naciones Unidas tanto como éstas no pueden existir sin el apoyo del mundo. Hoy, al reunirnos aquí para celebrar solemnemente el aniversario de las Naciones Unidas, deseamos reafirmar sus propósitos y principios, fortalecer sus funciones y expresar nuestra esperanza de que en el futuro desempeñen el papel que les corresponde.

La aspiración común de la humanidad consiste en edificar un mundo de paz y seguridad, prosperidad y desarrollo, igualdad y cooperación. Los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas constituyen precisamente la expresión de esa aspiración. Para concretar esos nobles objetivos, todos los países y pueblos amantes de la paz han empeñado incansables esfuerzos y las Naciones Unidas han realizado una enorme labor en circunstancias complejas y difíciles.

Durante los últimos 40 años se han producido en el mundo cambios tremendos; pero distan mucho de las metas que nos proponíamos. Si bien no ha estallado una nueva guerra mundial, sí han estallado intermitentemente verdaderas guerras regionales y la guerra fría entre Oriente y Occidente. El sistema colonial se ha desintegrado, pero han habido reiteradas intrusiones en la soberanía ajena y conquistas armadas. Todos los países, grandes o pequeños, deben tratarse como iguales; sin embargo, sigue en las relaciones internacionales la política del poder. Si bien el sistema de apartheid ha sido universalmente condenado, continúan intensificándose los viles actos de las autoridades sudafricanas. Al tiempo que se ha multiplicado la riqueza creada por la humanidad, se hace cada vez más ancha

la brecha económica entre el Norte y el Sur. La carrera de armamentos ha deglutido una enorme cantidad de riqueza y de recursos, al tiempo que millones y millones de hombres, mujeres y niños, en algunos países en desarrollo, padecen de inanición y enfermedades y luchan por su existencia misma. En una palabra, nuestro mundo sigue siendo presa de las contradicciones, los enfrentamientos, las turbulencias y los conflictos. Hay muchos factores de inseguridad y causas de ansiedad.

La decisión de la Organización de adoptar el lema "Las Naciones Unidas por un mundo mejor" en la conmemoración del cuadragésimo aniversario de su fundación condice con las aspiraciones y deseos de los pueblos de todos los países, independientemente del color de su piel. Necesariamente habrá diferentes interpretaciones con respecto al tipo de mundo que se puede considerar mejor. Según los propósitos de la Carta de las Naciones Unidas, no se puede construir un mundo mejor sin paz y desarrollo y es menester lograr la igualdad y la cooperación entre las naciones. Estos son requisitos fundamentales.

La Carta de las Naciones Unidas lo ha definido claramente en su primera frase:

"Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles ..."

Sin embargo, es de lamentar que las cuatro décadas de postguerra hayan sido de enfrentamiento entre Oriente y Occidente y de intensificación de la carrera de armamentos. La situación internacional sigue turbulenta y persiste el peligro de guerra.

A fin de salvaguardar la seguridad internacional e impedir la guerra, Oriente y Occidente deben dejar de lado el enfrentamiento, aliviar la atmósfera y desarrollar sus relaciones. Todos los países, con sistemas sociales diferentes o similares, deben coexistir pacíficamente. Cada país debe reconocer el derecho del pueblo de cualquier otro de optar por el sistema que considere adecuado. Ningún país debe perjudicar la seguridad de otro so pretexto de salvaguardar la propia. En las relaciones internacionales, ningún país debe recurrir al uso o la amenaza del uso de la fuerza como medio para promover sus propias políticas. Las controversias internacionales que pueden conducir a conflictos constituyen un peligro oculto para la paz mundial y son fuente de turbulencia. Las partes en cuestión deben procurar soluciones justas y razonables mediante negociaciones u otros medios pacíficos. Como Organización para el mantenimiento de la paz mundial y la salvaguardia de la seguridad internacional, las Naciones Unidas deben desempeñar un papel activo en este aspecto.

En estos momentos todos los países y pueblos amantes de la paz enfrentan una tarea común, a saber, poner coto a la carrera de armamentos. Nos oponemos a esa carrera, ya sea convencional o nuclear, en la tierra o en el espacio ultraterrestre. Ni la fuerza de disuasión ni el equilibrio del terror puede

garantizar la paz. Por el contrario, seguramente van a intensificar la carrera de armamentos. Existen todos los motivos para pedir a las dos superpotencias poseedoras de los mayores arsenales nucleares que tomen la iniciativa de reducir radicalmente sus armamentos nucleares en forma de crear las condiciones necesarias para la proscripción total y la cabal eliminación de esas armas. Como muchos otros países, China seguirá de cerca la próxima reunión cumbre entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esperamos que, según lo exigen los pueblos del mundo, ambos países abandonen realmente su búsqueda de la superioridad militar y lleguen a través de negociaciones a un acuerdo que conduzca a la paz mundial y, además, que lleven ese acuerdo a la práctica.

Se ha producido un cambio fundamental en las modalidades de las relaciones internacionales de postguerra, debido a la aparición del tercer mundo y el desarrollo del Movimiento de los Países no Alineados. Los días en que unas pocas grandes Potencias podían gobernar al mundo han terminado para siempre. Las fuerzas de la paz han superado a los factores de la guerra. Mientras todos los países y pueblos amantes de la paz estén unidos y trabajen juntos, la paz mundial se podrá mantener y se podrá evitar una nueva guerra mundial.

Otro importante problema y otro desafío histórico fundamental que afronta la humanidad es saber hasta qué punto pueden lograrse en el planeta el desarrollo y la prosperidad comunes, tanto como si puede o no evitarse otra guerra mundial. Como consecuencia de la onerosa carga que quedó como secuela del prolongado dominio colonial y de la inequidad existente en el orden económico internacional, la mayor parte de los países en desarrollo no se han levantado aún de la pobreza y el atraso. La revitalización de la economía de los países en desarrollo y el aprovechamiento de las posibilidades de estas vastas regiones en las que habitan las tres cuartas partes de la población mundial, contribuirían significativamente al crecimiento y la prosperidad de la economía mundial en su conjunto. Para esto no sólo se precisa que los países en desarrollo empeñen arduos esfuerzos por desarrollar vigorosamente su economía nacional y robustecer activamente la cooperación Sur-Sur sino que también se requiere la reestructuración del orden económico internacional y la promoción del diálogo y la cooperación entre el Norte y el Sur. Pese a los tanteos realizados en la Conferencia de Cancún hace cuatro años, no se ha iniciado hasta la fecha un diálogo global Norte-Sur ni se han producido cambios significativos en las actuales relaciones entre el Norte y el Sur. Las Naciones Unidas deben aplicarse seriamente a examinar esta importante cuestión y a tomar medidas eficaces en cuestiones financieras, monetarias, comerciales, crediticias y de asistencia a fin de propiciar el mejoramiento de las relaciones Norte-Sur. Eso sería muy positivo para el crecimiento económico tanto del Norte como del Sur y para el mantenimiento de la paz mundial. Esperamos que los países más desarrollados se unan a los países en desarrollo para aportar su debida contribución a este fin.

La igualdad de derechos de las naciones, grandes y pequeñas, constituyen el principio fundamental de la Carta de las Naciones Unidas y la piedra angular de la Organización. Esta igualdad de derechos no debe interpretarse sencillamente como un derecho a expresarse y a votar en las Naciones Unidas sino que deben incluir el derecho de cada nación a la inviolabilidad de su soberanía e independencia y a la no injerencia en sus asuntos internos. A este respecto, dista de ser satisfactorio el actual estado de cosas en el mundo. Siguen los intentos de imponer la voluntad propia a los Estados pequeños, haciendo caso omiso de sus derechos, y lo que es peor, no han cesado todavía las invasiones y la ocupación de territorios ajenos ni las violaciones de su soberanía. La universalidad y la eficacia de las

Naciones Unidas estriba en la igualdad de todos sus Miembros. Únicamente cuando los débiles queden libres de las intimidaciones de los fuertes y las grandes Potencias respeten a las pequeñas naciones, podrá la Organización desempeñar cabalmente su papel y podrán mantenerse la paz y la estabilidad internacionales.

China es perfectamente consciente de sus responsabilidades y obligaciones en su carácter de Miembro fundador de las Naciones Unidas y miembro permanente del Consejo de Seguridad. Siempre hemos respetado los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, hemos apoyado las actividades de mantenimiento de la paz y de promoción de la cooperación internacional realizadas por esta Organización y nos hemos pronunciado en favor del robustecimiento de sus funciones y prestigio en los asuntos internacionales. China es un país socialista en desarrollo que pertenece al tercer mundo. Hemos apoyado permanentemente a los pueblos de todos los países en su justa lucha por mantener la paz y salvaguardar su soberanía e independencia y por resistir al imperialismo, el colonialismo, el hegemonismo y el racismo. Como de costumbre, seguiremos esforzándonos incansablemente en pro de la justa causa de la paz, el desarrollo, la igualdad y la cooperación internacionales.

China ama la paz y necesita la paz. Es esencial disponer de un ambiente internacional de paz y estabilidad duraderas que nos permita erradicar nuestro prolongado atraso y tornarnos en un país socialista modernizado, con características chinas, donde haya prosperidad para todos.

China, que sigue una política exterior independiente de paz, se considera obligada a oponerse al hegemonismo y salvaguardar la paz mundial; quiere vivir en armonía con sus vecinos y con todos los demás países y desea que la convivencia pacífica reine entre todas las naciones. La iniciativa que tomó China de reducir sus fuerzas militares en un millón de efectivos ha demostrado una vez más su firme posición en contra de la carrera de armamentos. China no instala bases militares ni emplaza tropas en el exterior; no procura la hegemonía ni interviene en los asuntos internos de otros países. Se ciñe constantemente a una política de apertura al mundo exterior y se aplica a intercambios económicos y técnicos recíprocos y mutuamente beneficiosos con países del Norte y el Sur, del Oriente y el Occidente, en aras del progreso común. China seguirá siendo siempre amiga y compañera confiable de todos los países que breguen por la paz mundial y promuevan el crecimiento económico internacional.

Las Naciones Unidas han cubierto un largo camino, pero aún deben hacer frente a arduas tareas. Todos los Estados Miembros y los pueblos de todos los países deben proseguir sus enormes esfuerzos por construir un mundo mejor de paz, desarrollo, igualdad y cooperación. Obremos mancomunadamente, de conformidad con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, por alcanzar este noble objetivo.

Su Excelencia el Sr. Zhao Ziyang, Primer Ministro de la República Popular de China, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: La Asamblea General escuchará ahora al Primer Ministro de la República de la India, Su Excelencia el Sr. Rajiv Gandhi.

Su Excelencia el Sr. Rajiv Gandhi, Primer Ministro de la República de la India, es acompañado a la tribuna.

Sr. GHANDI (India) (interpretación del inglés): En este cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas, traigo a todos los aquí reunidos los saludos del pueblo de la India y del Movimiento de los Países No Alineados.

Las Naciones Unidas se fundaron para prevenir la guerra y para ampliar el ámbito de la libertad: libertad de la opresión y libertad de la miseria. Muchos movimientos de liberación nacional no habrían tenido éxito sin el apoyo moral y político de las Naciones Unidas. Esto ha hecho que las Naciones Unidas cada vez sean más representativas y universales.

Pero persisten vestigios del colonialismo. Namibia sigue esclavizada. Han transcurrido 25 años desde que las Naciones Unidas aprobaron la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales y siete desde que el Consejo de Seguridad, por unanimidad, estableció las bases para la independencia de Namibia. Siete años de privaciones. Siete años de muerte. El mundo espera una Namibia independiente.

Enviemos desde aquí un mensaje de solidaridad a los combatientes por la libertad de Namibia y Sudáfrica. En momentos en que el mundo ingresa al tercer milenio, el régimen de Pretoria se niega a aprender la lección del segundo de que todos los pueblos son iguales. El pueblo de la India tiene un vínculo especial con el pueblo de Sudáfrica. Fue Sudáfrica la que permitió que Mahatma Ghandi forjara su estrategia de desafío masivo a las leyes ilegales. Recuerdo algunas palabras de León Tolstoi, quien tuvo profunda influencia en Mahatma Ghandi:

"Me subo a la espalda de un hombre, lo asfixio y hago que me cargue, pero aseguro a mí mismo y a los demás que siento mucho lo que le ocurre y que quiero mitigar su carga por todos los medios posibles, menos bajándome de su espalda."

¿Cuándo el apartheid se bajará de la espalda del negro? Debe ejercerse todo tipo de presiones. La India nunca ha vacilado. Sólo las sanciones obligatorias o globales darán resultado.

No puede haber paz en el Asia occidental hasta que los palestinos logren su derecho legítimo a poseer un Estado propio en su patria. Se ha propuesto la convocación de una conferencia sobre el Oriente Medio. ¿No hay que celebrarla? Ningún código de comportamiento internacional impide que Israel libere la guerra contra el pueblo de Palestina. El terrorismo se ha convertido en el principal desafío de nuestra época. Ha asumido nuevas formas. Grupos violentos utilizan comunicaciones modernas y medios de información en masa para dramatizar sus

exigencias. Su desprecio por la vida humana raya en la barbarie. Los actos violentos de individuos o grupos resultan bastante indefendibles. No menos reprehensible es la violencia cometida por los Estados u organismos oficiales. Esos actos unilaterales sólo pueden presagiar la anarquía para el orden internacional.

El hombre siempre ha buscado el orden. Lo ha buscado en la tribu, en el clan y en la nación-Estado. Civilización quiere decir evolución progresiva de las normas para la interacción entre los individuos, las sociedades y las naciones. La Sociedad de las Naciones fue una expresión del anhelo de la humanidad de paz y orden entre las naciones. Como sabemos, fracasó, pero ese fracaso mostró que la seguridad mundial y el mantenimiento de la paz requerían una nueva visión.

Las Naciones Unidas nacieron en medio de una esperanza y un temor; la esperanza de que la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial nunca más se repitiera, y el temor de que la capacidad y la inventiva humanas pudieran fracasar en el control del átomo. Gradualmente, comenzó a hacerse agudo cierto tipo de orden mundial. Mucho se ha logrado: la libertad del colonialismo y el racismo; y la igualdad; un consenso inicial en cuanto al desarrollo; el principio de un sistema financiero y monetario internacional viable; estructuras de cooperación internacional; un esfuerzo colectivo en favor del desarme. Pero desde nuestro punto de vista hay también algunos aspectos negativos. ¿Incumbe a los poderosos interrumpir inclusive el lento progreso hacia la evolución de un orden? ¿En qué les beneficiará malograr la esperanza y la fe en el sistema que simbolizan las Naciones Unidas? Estas tendencias perturbadoras han viciado el diálogo entre las naciones. Hoy el orden internacional, posterior a la Segunda Guerra Mundial, que nunca fue demasiado fuerte, muestra ciertos resquebrajamientos. Ocupémonos de ellos.

Las Naciones Unidas funcionan en un mundo dividido, un mundo marcado por el enfrentamiento nuclear, por los desequilibrios económicos y aparentemente por la incontrolada desconfianza. La mayor amenaza para la humanidad está planteada por la división del mundo en bloques militares rivales, lo que constituye una negación de la visión filosófica de la Carta de las Naciones Unidas, cuya esencia es la coexistencia pacífica.

Afortunadamente, los bloques nucleares no se han enfrentado en una guerra. Pero la carrera armamentista continúa incansablemente. Se concibe a las armas espaciales como la disuasión definitiva. El tiempo de responder se acorta peligrosamente. La limitación de los arsenales se vuelve más compleja. Las acciones y reacciones escapan al ámbito de la decisión humana. Los dispositivos amenazan con dispararse por sí solos. El mundo avanza inerme hacia la catástrofe nuclear.

Los bloques militares deben comprender que no puede lograrse la estabilidad a través de la superioridad o aun del equilibrio de las armas. Sólo se la puede lograr mediante la coexistencia y el desarme. Sin desarme el peligro de la aniquilación persistirá.

Seis naciones, pertenecientes a cinco continentes, entre las que se encuentran países desarrollados y países en desarrollo, no alineados y alineados, se reunieron en Nueva Delhi a comienzos de este año y plantearon un programa práctico de desarme.

La Declaración de Delhi exhorta a la cesación inmediata del ensayo, el desarrollo y la producción de armas nucleares y sus sistemas vectores. Insta a que esta medida inicial sea seguida por reducciones sustanciales de los almacenamientos nucleares, lo que conduciría en definitiva a la eliminación de esas temibles armas de destrucción en masa. Una abrumadora mayoría de los Estados Miembros de las Naciones Unidas y de la opinión pública de todo el mundo, incluyendo a los Estados poseedores de armas nucleares, ha apoyado esta exhortación.

No debe desperdiciarse ninguna alternativa de paz. Todos nosotros tenemos un interés colectivo en la preservación del planeta. Las propuestas constructivas de desarme deben ser examinadas inmediatamente. La reunión en la cumbre Gorbachev-Reagan adquiere una importancia especial. El mundo espera que no desperdiciarán esta oportunidad y que la reunión será el comienzo de un diálogo con un propósito definitivo y de un proceso para apartarse del borde del principio.

De la misma manera que la paz del mundo se ve amenazada de por la guerra nuclear, su prosperidad se ve amenazada por una crisis económica de una gravedad sin precedentes. Los países en desarrollo ven la cara más cruel de esta crisis. La India ha sido afortunada al poder mantener, y aun acelerar, su tasa de crecimiento económico, pero la mayoría de los países en desarrollo se ven afectados. El Africa ha recibido el golpe más fuerte. Los países latinoamericanos padecen bajo la carga de la deuda, que se ha vuelto insoportable por razones que están fuera de su control. Los ricos también se ven afectados por la crisis; continúan encerrados en un crecimiento lento y en un gran desempleo; están cada vez más lejos las esperanzas de la reactivación rápida.

¿Y cómo ha podido ser todo esto? ¿Por qué la comunidad internacional no cuenta con la voluntad y la visión de abocarse a la solución de todos los problemas de manera global y cooperativa? ¿Por qué continúa el estancamiento en todos los importantes foros multinacionales? El consenso en torno al desarrollo, que fue dolorosamente elaborado en los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, hoy se ha quebrado. Corresponde que utilicemos este período de sesiones para dar comienzo a una etapa de reparación del daño. El consenso debe ser reelaborado.

Mientras los expertos elaboran acuerdos trabajosamente, en muchas partes del mundo el hambre acecha a cientos de miles. Debemos aunar esfuerzos para salvarlos.

En el Movimiento de los Países No Alineados somos partidarios de la coexistencia, pero el orden internacional y las armas nucleares no pueden coexistir. Tampoco la libertad y el racismo. Y tampoco la ciencia y la pobreza.

¿En este cuadragésimo aniversario del nacimiento de las Naciones Unidas debemos aceptar mansamente el hecho de las divisiones mundiales, los peligros y las injusticias? Dedicuemos nuevamente nuestros esfuerzos a la paz. Decidámonos a combatir la vergüenza y la hambruna en un mundo de riqueza. Denunciemos el crimen del racismo en una era de igualdad y de dignidad humanas. Curemos al mundo de la locura del militarismo nuclear. Que el genio creativo del hombre se dedique al enriquecimiento y no a la destrucción.

Amigos: emprendamos una cruzada por la paz, la libertad y la igualdad.

Su Excelencia, el Sr. Rajiv Gandhi, Primer Ministro de la República de la India, es acompañado al abandonar la tribuna.

El PRESIDENTE: La siguiente oradora es Su Excelencia la Muy Honorable Sra. Margaret Thatcher, Primera Ministra del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

Su Excelencia la Muy Honorable Sra. Margaret Thatcher, Primera Ministra del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, es acompañada a la tribuna.

Sra. THATCHER (Reino Unido) (interpretación del inglés): En esta celebración del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas, quisiera comenzar con las palabras de alguien que estuvo presente durante su creación, Winston Churchill. En su discurso de Fulton de 1946 dijo:

"Debemos velar por que la labor de las Naciones Unidas sea fructífera; por que sea una realidad y no una impostura; por que sea una fuerza para la acción, y no simplemente un palabrerío; por que sea un verdadero templo de la paz donde los escudos de muchas naciones puedan colgarse algún día, y no meramente una gallera de gallos en la Torre de Babel."

Así, pues, que mis comentarios de hoy versarán sobre la labor de las Naciones Unidas.

La labor de las Naciones Unidas ha sido fecunda durante estos 40 años; ha actuado como tribunal de la opinión mundial, y hoy en día ningún gobierno puede permitirse pasar por alto o desdeñar su opinión. El Consejo de Seguridad nos ha dado un foro para hacer frente tanto a las crisis inesperadas como a los problemas perennes. La Asamblea General nos proporciona un marco donde puede escucharse la voz de todos los Estados Miembros, por pequeños que sean. En el Secretario General tenemos un negociador imparcial y hábil en quien tenemos plena confianza.

Las Naciones Unidas han demostrado asimismo que son una fuerza para la acción. Pueden ayudar a mantener la paz en tres formas fundamentales: primero, sentando el escenario para la negociación, como lo hicieron con la famosa resolución 242 (1967) del Consejo de Seguridad relativa al Oriente Medio. Segundo, actuando como catalizador que persuade a los contendientes a optar por las negociaciones y no por el enfrentamiento. Y tercero, con su papel de mantenimiento de la paz. De no haber sido por los cascos y boinas azules de las Naciones Unidas - guiados por un gran funcionario británico de la Organización, Brian Urquhart - los conflictos locales se hubiesen extendido, y el precio en muerte y el torrente de las personas sin hogares hubiese sido mucho mayor.

Pero hay quienes se niegan a aportar la contribución financiera que justamente les corresponde para estas vitales operaciones de mantenimiento de la paz. Creo que están faltando a su deber para con las Naciones Unidas, la humanidad y la paz. Creo que es hora de que sientan culpa por dejar a otros asumir una parte desproporcionada de la carga.

Rindo tributo a los organismos especializados, que se han concentrado en las tareas que les corresponden: por ejemplo, eliminar las enfermedades, atender a las necesidades de los niños, alimentar y dar abrigo a los refugiados. Ellos, y los hombres y mujeres que en ellos sirven, merecen nuestro agradecimiento.

De estas maneras las Naciones Unidas han demostrado que son una realidad y no una farsa; una fuerza para la acción y no un mero lugar donde se dicen palabras vacías; un templo de paz y no sólo una Torre de Babel. Con todos sus peligros, nuestro mundo es más seguro y más ordenado gracias a las Naciones Unidas.

Sería fácil en este aniversario limitarnos a encomiar y a expresar nuestro apoyo. Pero si realmente nos interesan las Naciones Unidas - y yo soy una de aquellas personas a quienes le interesan - tenemos que hacerlas más eficaces reconociendo sus deficiencias y remediándolas. Tenemos que admitir muchas decepciones.

Es cierto, como han dicho muchos oradores, que nos hemos salvado del horror de una nueva guerra mundial. Pero este es un pobre consuelo para los muchos millones de personas que han sido asesinadas, han quedado mutiladas o han quedado sin hogar en más de 140 conflictos menores.

Todavía no podemos decir que los derechos humanos fundamentales - la libertad de opinión y de palabra, la protección frente a detenciones arbitrarias o la tortura - se observen en todo el mundo. El problema no es que falten normas o reglas; están todas allí, en la Carta y en la Declaración Universal de Derechos Humanos. El problema es que algunos gobiernos pasan por alto en forma flagrante estas normas, porque los derechos humanos no tienen lugar en su sistema político.

Y me permito añadir que las resoluciones de las Naciones Unidas no siempre han sido objetivas. Algunas han pecado de aplicar un doble criterio. Se ha condenado a países no por los particulares del caso, sino porque era fácil hallar una mayoría contra ellos. Otros países que han merecido censura han sido protegidos por mera conveniencia política. Con justicia se condena a Sudáfrica por su degradante negativa de los derechos humanos fundamentales al pueblo negro. Pero, ¿dónde están las resoluciones sobre el tratamiento de que es objeto la comunidad judía soviética?

Las Naciones Unidas tampoco han mostrado la capacidad de afrontar eficazmente el terrorismo. El terrorista está despiadadamente dispuesto a matar, mutilar y agraviar para salirse con la suya. Habla el idioma de los derechos humanos aun cuando los extingue con sus actos.

En las Naciones Unidas nos hemos pronunciado vehementemente contra el terrorismo con suma frecuencia. Sin embargo, hay entre nosotros países que abrigan y entrenan terroristas, y otros que parecen dispuestos a apoyar más a los terroristas que las negociaciones pacíficas. Esta es una traición lisa y llana de nuestra Carta.

El orden y un imperio efectivo de la ley son tan importantes entre las naciones como lo son para la justicia dentro de las naciones. Pero desdichadamente, en 40 años, si bien hemos creado todo un sistema de derecho internacional público, no hemos podido hacerlo eficaz ni aplicable. Como el gran historiador clásico Tucídides comentaba hace muchos siglos:

"Los fuertes hacen lo que quieren hacer y los débiles sufren lo que tienen que sufrir."

En algunos países la justicia sigue siendo un ideal remoto. Si la mayoría de las Naciones Unidas quiere ejercer influencia sobre el gobierno de determinado Estado Miembro, en lugar de filípicas e invectivas debe ofrecer aliento cuando se toman medidas en la dirección indicada. Me refiero en particular a Sudáfrica, donde existe la sensación de que ha llegado la hora del cambio. Siempre y cuando las negociaciones vayan acompañadas de una cenación de la violencia por todas las partes, estimo que existe la posibilidad de lograr progreso, un progreso que permita a todo el pueblo sudafricano, cualquiera sea su color o credo, desempeñar el papel que justamente le corresponde en el gobierno de su país en condiciones de prosperidad y paz.

¿Cuáles son las razones por las decepciones y deficiencias de las Naciones Unidas?

¿Por qué escuchamos afirmaciones cínicas de que las Naciones Unidas han dejado de ser relevantes; de que no hacen más que aprobar resoluciones; de que las controversias que se plantean ante ella en lugar de resolverse se prolongan; de que la gestión colectiva de un órgano dispar de naciones necesariamente siempre será débil e ineficaz? Creo que la respuesta es doble. Algunos, que confunden sus deseos con la realidad, creen que las Naciones Unidas tenían por objeto ser algo así como un gobierno mundial. Serán quizás un parlamento mundial, pero nunca son ni jamás podrán ser un gobierno del mundo. Su estructura limita sus posibilidades de acción.

Segundo, cuando nos preguntamos sobre las deficiencias, debemos comenzar por examinarnos a nosotros mismos. Las Naciones Unidas no son más que un espejo de nuestro mundo desigual, desprolijo y dividido. Si no nos gusta lo que vemos, no tiene sentido maldecir al espejo; mejor comencemos por reformarnos a nosotros mismos.

Nuestra tarea tras 40 años es redescubrir tanto la esperanza como la decisión que caracterizaron la fundación de las Naciones Unidas.

Primero debemos percatarnos de que en la mayor parte de las circunstancias, en el mundo de hoy el poder de las organizaciones internacionales es el poder de la persuasión y no el de la coacción. Las Naciones Unidas no pueden ni deben tratar de dictar soluciones detalladas a los países que son parte en una controversia. Sólo las propias partes pueden llegar a acuerdo, trátase de la Unión Soviética y los Estados Unidos, de los árabes y los israelíes, o de los blancos y los negros en África meridional.

Debemos comprender también que no basta con llegar a acuerdos de palabras. Debemos actuar en consecuencia. Tampoco deberíamos refugiarnos en una ambigüedad deliberada, en hallar una "forma de palabras", porque esto es más fácil que hallar una solución. No podrá lograrse ninguna solución duradera diciendo una cosa y teniendo en mente otra, u obteniendo una mayoría para aprobar una resolución sólo porque las palabras pueden tener un significado distinto en las diferentes naciones.

Debemos decidir qué queremos decir, y decirlo.

Al igual que en nuestros propios países, también en las Naciones Unidas tenemos la obligación de mantener la eficacia y eficiencia del sistema en su totalidad y obtener mayor provecho del dinero que gastamos. La labor de los organismos no debería volcarse a cuestiones políticas, que no son de su competencia. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) es un ejemplo de esto. Esa es una de las razones por las cuales hemos comunicado nuestro propósito de retirarnos. Las cuestiones políticas corresponden a esta Asamblea. Los órganos técnicos son para cuestiones técnicas.

No podemos prescindir de las Naciones Unidas, pero podemos hacer mucho más con ellas. Hay una gran cantidad de nuevas esferas en las que se necesita la acción internacional y donde las Naciones Unidas pueden tomar la iniciativa. Hemos adoptado medidas a escala mundial para tratar el problema del hambre en el África, acción que fue encabezada por las naciones que tienen economía de libre empresa. Ellas son las que pueden proporcionar alimentos y ayuda a los hambrientos.

Debemos tomar nuevas medidas para poner fin al comercio internacional de estupefacientes, ese tráfico de la muerte que arruina tantas vidas jóvenes. Debemos tratar de detener el cultivo de las plantas a partir de las cuales se fabrican estos estupefacientes. Debemos interceptar su transporte y detener y castigar severamente a los criminales responsables de su venta. Los gobiernos - todos los gobiernos - deben cooperar sinceramente en esta tarea.

Debemos actuar más resueltamente para hacer frente al terrorismo internacional. Los asesinatos de un norteamericano y un diplomático soviético, el mes pasado, nos recuerdan que ningún país es inmune. Todos deberíamos reconocer que, en lo que se refiere al terrorismo, la debilidad nunca da resultado.

Estos son los problemas con respecto a los cuales los esfuerzos nacionales, por sí solos, no son suficientes.

Así como el idealismo y la frescura que acompañaron al nacimiento de las Naciones Unidas han sido puestos a prueba en la escuela de la vida, era inevitable que sufriéramos desilusiones. Pero no nos lamentemos por los errores. Aprendamos de ellos. Fue Winston Churchill quien expresó tan bien el enfoque positivo que necesitamos, en su descripción del viaje de la vida:

"Contentémonos con lo que nos ha sucedido y agradezcamos por aquello de lo que nos hemos salvado. Valoremos nuestras dichas pero no lamentemos nuestros pesares.

La gloria de la luz no puede existir sin sus sombras. La vida es un todo y lo bueno y lo malo deben ser aceptados conjuntamente."

Prosigamos bregando mancomunadamente hasta que las Naciones Unidas sean un verdadero templo de paz, donde puedan colgarse los escudos de muchas naciones.

Su Excelencia, la Muy Honorable Sra. Margaret Thatcher, Primera Ministra del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, es acompañada al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Nueva Zelanda, Su Excelencia el muy Honorable David Lange.

Su Excelencia, el muy Honorable David Lange, Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Nueva Zelanda, es acompañado a la tribuna.

Sr. LANGE (Nueva Zelanda) (interpretación del inglés): Nos reunimos hoy para celebrar, pero bajo una oscura sombra. La carrera de las armas nucleares nos amenaza a todos; en realidad, amenaza a la propia supervivencia de la raza humana. Más que nunca, las naciones del mundo deben resolver sus diferencias pacíficamente y dejar de utilizar la fuerza unas contra otras. Es hora de que todos reiteremos nuestra adhesión a la Carta de las Naciones Unidas y cumplamos las obligaciones que aceptamos al firmarla.

Ahora hay más interrogantes acerca de las Naciones Unidas que en los 40 años de su existencia. ¿Cuál es la utilidad de las Naciones Unidas? ¿Qué pueden hacer para ayudarnos o para salvar al mundo? Hace 40 años, mi predecesor, Peter Fraser, que encabezó la delegación de Nueva Zelanda a la Conferencia de San Francisco, expresó el temor de que

"Si no se aprovecha este momento fugaz, el mundo caerá nuevamente en otro período de desilusión, desesperación y ruina."

Hoy siento el frío que provoca ese temor. La actual ola de escepticismo acerca de las Naciones Unidas es inquietante. Tengo unos pocos años más que esta Organización. Nunca he experimentado la guerra o la amenaza de la guerra.

Creo que tengo derecho a expresar la opinión de que las Naciones Unidas pueden asumir la responsabilidad por ese estado de cosas en mi nombre. El escepticismo actual me hace preocupar acerca del tipo de esperanza que estamos ofreciendo a los jóvenes o la clase de idea del mundo que les estamos dejando. Comparto la opinión de Peter Fraser en el sentido de que en este órgano se encuentra

"... tal vez la última oportunidad que tengan las naciones de la Tierra para formar una organización destinada a mantener la paz e impedir la agresión."

Quienes critican a las Naciones Unidas reconocen a veces que han hecho algunas cosas útiles en materia económica y social, como eliminar las enfermedades y salvar las vidas de millones de personas amenazadas por el hambre. Las críticas tienden a otorgar el crédito por estos logros a los organismos directamente involucrados: la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) o el Programa Mundial de Alimentos (PMA). Ciertamente, esos organismos merecen elogio y también apoyo, especialmente financiero. Por su parte, Nueva Zelanda adhiere al objetivo de vacunar a todos los niños del mundo para 1990. Lo que las críticas no siempre reconocen es que la mayoría de los organismos, si no todos, deben su propia existencia a las Naciones Unidas. En San Francisco, Nueva Zelanda propuso que el Consejo Económico y Social tuviera el carácter de un órgano principal, junto con el Consejo de Seguridad y la Asamblea General. Estamos orgullosos de ello, porque es el Consejo Económico y Social el que ha iniciado los programas más exitosos de las Naciones Unidas, incluyendo el UNICEF y la ayuda técnica de las Naciones Unidas. También es ese Consejo el que, trabajando con la Asamblea General, brinda coherencia al complejo sistema que se ha desarrollado en torno a las Naciones Unidas, recalcando constantemente las necesidades de los países en desarrollo.

Esas necesidades son fundamentales y están creciendo. Los ingresos per cápita en gran parte del mundo en desarrollo se están reduciendo. La carga de la deuda se hace intolerable. La pobreza abyecta es la realidad cotidiana de demasiados seres humanos. La comunidad internacional no ha respondido plenamente a todo esto. Las corrientes netas de recursos a los países en desarrollo en su conjunto han

pasado a ser negativas. Extraemos alguna esperanza del surgimiento de ideas nuevas y constructivas en las reuniones de Seúl del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Deseo destacar lo que han declarado los dirigentes del Commonwealth, reunidos en las Bahamas, a saber: que existe la urgente necesidad de renovar el consenso sobre la cooperación internacional para el desarrollo dentro del sistema de las Naciones Unidas y revitalizar las instituciones multilaterales.

Al participar en las suntuosas festividades vinculadas con esta conmemoración, debemos comprometernos a ampliar y fortalecer ese consenso, que para dos terceras partes de la humanidad no es una resolución abstracta sino una cuestión de vida o muerte.

La Asamblea General y el Consejo Económico y Social han desempeñado papeles claves en otro campo en el que se reconoce que las Naciones Unidas han logrado algo: el de los derechos humanos. Aquí las Naciones Unidas levantaron las barreras hacia un nuevo terreno, al fijar normas de comportamiento de los gobiernos para con sus propios ciudadanos y al establecer un mecanismo para vigilar ese comportamiento. Pero no puede hacer respetar las normas que ha fijado. Todavía se abusa de los derechos humanos en muchas partes: la tortura, por ejemplo, probablemente es más común hoy que hace mil años. El más ultrajante abuso es el racismo legalizado conocido como apartheid. Los neozelandeses se esfuerzan por crear una sociedad basada en la igualdad racial y en la armonía. Hemos demostrado con nuestras actuaciones que estamos dispuestos a trabajar con la comunidad internacional para terminar con el apartheid y a defender las normas establecidas por las Naciones Unidas en la Declaración Universal de Derechos Humanos. Estas actuaciones reflejan una convicción profundamente sentida y ampliamente debatida de la gran mayoría de nuestro pueblo.

Las Naciones Unidas merecen grandes elogios por lo que han hecho y están haciendo en materia de derechos humanos, así como en el campo de la cooperación económica y social. Ahí está quizá la mayor contribución a la mejora de la situación de la gente corriente en todo el mundo. No debemos olvidarlo; debemos estar muy orgullosos. Pero, como dijo Fraser en San Francisco: "El mantenimiento de la paz es el problema primordial con que nos enfrentamos". La pregunta es: ¿Qué han conseguido las Naciones Unidas en esta esfera crucial?

Los críticos aluden a todas las guerras que se han librado desde 1945, y preguntan retóricamente: ¿Acaso las Naciones Unidas han preservado "a las generaciones venideras del flagelo de la guerra"? Algunas veces siguen preguntando: ¿Por qué las Naciones Unidas no han sido capaces de evitar la guerra? La respuesta a la segunda pregunta es tan clara como la respuesta a la primera. Desde el comienzo, las grandes Potencias han sido incapaces de colaborar lo suficiente como para que el Consejo de Seguridad trabaje como se pensó que debería hacerlo. Mi predecesor previó todo esto en 1945. Dijo: "El veto puede ser destructivo no sólo para el principal propósito de la Organización internacional, sino para la propia Organización". El Consejo de Seguridad desempeña ciertas funciones útiles, especialmente como órgano al que pueden

recurrir rápidamente los países cuando son atacados. Pero el problema central es detener el uso de la fuerza por parte de los Estados, en especial por las grandes Potencias contra las pequeñas. Es ahí donde la Asamblea General desempeña un papel clave.

Gracias a una enmienda propuesta por Nueva Zelanda en San Francisco, la Asamblea General puede discutir cualquier problema en cualquier momento, aun cuando el Consejo de Seguridad ya esté examinando ese asunto. Los críticos dicen que la Asamblea General ha abusado de esa facultad y le acusan de aplicar un doble patrón. Veamos el historial de las Naciones Unidas. En 1983 la Asamblea General estudió tres casos de pequeños países que habían sufrido una invasión armada. Ciento cinco Miembros votaron a favor de la retirada de las fuerzas extranjeras de Kampuchea. Ciento ocho votaron a favor de la retirada de las fuerzas extranjeras de Granada. Ciento quince votaron a favor de la retirada de las fuerzas extranjeras del Afganistán. ¿Dónde está ese doble patrón? Cualquier observador sin prejuicios podría llegar a la conclusión de que la Asamblea General había actuado más bien imparcialmente y había hecho todo lo que le permitía la Carta para desalentar al uso de la fuerza por parte del fuerte contra el débil. Si esto es o no suficiente, depende de las grandes Potencias.

Yo hablo en nombre de un pequeño país. Dag Hammarskjöld nos recordó muy a menudo que esta es ante todo la Organización de los pequeños países. Y no sólo porque nosotros la necesitemos, no sólo porque seamos los más numerosos; sino porque tenemos una contribución que hacer. Esa contribución será mayor si tenemos presente que la solidaridad regional o de grupo, cuando es inflexible, a menudo puede ser el enemigo de la eficacia. Ya se trate del tema de la seguridad internacional o de los temas económicos internacionales, los países pequeños y vulnerables tenemos más en común unos con otros que con las grandes Potencias. Ello requiere tanto voluntad política como valentía política para dejar de lado la geografía y la ideología. Pero una amplia coalición de pequeños países en esta Organización, coalición que pase por encima de las líneas regionales o de grupo, no sólo es sensata; es mucho más convincente para ayudar a resolver los conflictos.

Al caminar juntos, nosotros, los pequeños países, debemos tratar siempre de poner la eficacia por encima de los gestos, debemos buscar resultados más que victorias efímeras. Sólo conseguiremos un progreso real si buscamos un consentimiento duradero para las soluciones convenidas. Y para obtenerlo, es

necesario ejercer todas las artes de los débiles y de los vulnerables: las artes de la negociación, de la mediación, de la conciliación, del compromiso. En lo que no debemos transar es en los principios básicos de la Carta. Esos principios deben ser respetados por grandes y pequeños sin temor. Y ello porque esa Carta y esos principios son la piedra miliar del imperio de la ley entre las naciones, a la que los pequeños Estados deben mirar como el marco de su existencia, de su supervivencia permanente y de su prosperidad económica. No olvidemos que el Estatuto de la Corte Internacional de Justicia es parte integral de la Carta y que todos y cada uno de los Miembros de las Naciones Unidas han prometido acatar sus decisiones. Mi preocupación es que a la larga no estableceremos la paz y la seguridad internacionales hasta que el imperio de la ley sea apuntalado por una aceptación generalizada de la jurisdicción de la Corte. Si un importante paso adelante para celebrar este aniversario sería comprometerse realmente a hacer del arreglo de las controversias una cuestión obligatoria.

Vuelvo ahora otra vez al tema de las grandes Potencias y a nuestra dependencia de ellas para poner fin a la carrera de los armamentos nucleares. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se han comprometido a lograr ese objetivo, por lo cual les estamos agradecidos. Se preparan ahora para discutir el problema en una reunión cumbre. Hacemos votos por su éxito, puesto que la carrera de armamentos nos amenaza a todos nosotros, no sólo a los pequeños países como el mío, sino también a los grandes, a las propias superpotencias. Los neozelandeses están espantados por las implicaciones de la rivalidad tecnológica compulsiva que arrastra a las Potencias nucleares. Simplemente no podemos entender cómo se puede detener la carrera de armamentos acumulando más y más medios perfeccionados de destrucción. Las Naciones Unidas no tienen poder para detener la carrera de armamentos, pero sí pueden hacer una importante contribución recordando constantemente a las Potencias nucleares sus responsabilidades. Con Australia, Nueva Zelanda continúa insistiendo en la prohibición completa de los ensayos nucleares como el medio más eficaz para conseguir el objetivo que todos los países buscamos.

Las Naciones Unidas no han logrado todo lo que de ellas se esperaba en 1945; eso no se puede negar. Y no han logrado todos esos objetivos porque sus Miembros no han estado dispuestos a cumplir sus compromisos. Quiero citar de nuevo a Peter Fraser: "Ese es un problema moral más que un problema puramente mecánico.

La Sociedad de las Naciones ... fracasó porque sus Miembros no hicieron lo que se comprometieron a hacer". Si las Naciones Unidas llegaran a fracasar, sería por la misma razón.

Pero las Naciones Unidas no han fracasado. La Carta es el cimiento del sistema de derecho internacional bajo el cual todos hemos vivido durante 40 años. Sus principios claves son la libre determinación de los pueblos, la igualdad soberana de los Estados y la renuncia al uso de la fuerza. Por muy gravemente que se haya abusado de ellos, estos principios son aceptados prácticamente por todos los Estados y en general todavía son respetados. Desde 1945 más de cien países, antiguamente bajo dominio colonial, han obtenido su independencia, incluso en el Pacífico meridional. Ese es un gran éxito y las Naciones Unidas reciben grandes elogios por ello. No es menos importante que esos mismos cien países hayan resistido todas las presiones que sobre ellos se han ejercido y hayan mantenido su independencia hasta el día de hoy. También por eso las Naciones Unidas merecen elogios. La Carta, y la Organización que la sostiene, han dado a muchos países y pueblos más libertad de la que jamás conocieron, no es este un logro pequeño.

Aquellos que critican a las Naciones Unidas no hablan frecuentemente acerca de la alternativa. Simplemente dejan entender que debiera haber un mundo mejor y más seguro, por lo menos para sus propios países. Para ver lo que el mundo sería sin las Naciones Unidas tendríamos que retroceder mucho, más allá de la fundación de la Sociedad de las Naciones a 1914. En realidad, no había mucho lugar para los pequeños países en ese mundo y no terminó muy pacíficamente tampoco. Como el gran americano Franklin Roosevelt dijo poco antes de morir, la fundación de las Naciones Unidas .

"presagia - y debe presagiar - el fin del sistema de las acciones unilaterales, de las alianzas exclusivas, de las esferas de influencia, de los equilibrios del poder y de todos los otros recursos que se han ensayado durante siglos y que siempre han fracasado."

Las Naciones Unidas todavía no han cumplido todas las esperanzas depositadas en ellas. No pueden lograr todos sus objetivos a menos y hasta que todos sus Miembros lo quieran. No pueden detener la carrera de armas nucleares o el uso de la fuerza, a menos y hasta que las grandes Potencias lo permitan. Pero, las Naciones Unidas dan a los pueblos de esta Tierra más libertad que la que tuvieron antes y desalientan activamente el uso de la fuerza por parte de los fuertes contra los pequeños y los débiles. Las Naciones Unidas y su Carta ofrecen todavía la mejor esperanza de sustituir la ley de la jungla por el imperio del derecho.

Nueva Zelandia cree en nuestra Organización. Estamos dedicados a ella. La apoyaremos. Puede ayudar a forjar un mundo caracterizado por la paz, la libertad y la justicia, que podrán heredar los humildes.

Su Excelencia el Muy Honorable David Lange, Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Nueva Zelandia, es acompañado a retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Su Excelencia el Sr. Eduard A. Shevardnadze.

Su Excelencia el Sr. Eduard A. Shevardnadze, Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, es acompañado a la tribuna.

Sr. SHEVARNADZE (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas)

(interpretación del ruso): Ante todo quisiera cumplir una importante misión y dar lectura a un mensaje del Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mikhail Sergeyevich Gorbachev. Dice así:

"Al Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Javier Pérez de Cuéllar; a los participantes en el período de sesiones conmemorativo de la Asamblea General de las Naciones Unidas en ocasión del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas. Presento mis saludos a usted y a todos los participantes en el período de sesiones conmemorativo de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en ocasión del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas deben su nacimiento a la victoria de los pueblos amantes de la libertad sobre el fascismo y el militarismo. Por consiguiente, es perfectamente lógico que las primeras líneas de la Carta de las Naciones Unidas proclamen la decisión de las Naciones Unidas de salvar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra, de practicar la tolerancia y de convivir en paz, como buenos vecinos.

La Carta de las Naciones Unidas, que entró en vigor el 24 de octubre de 1945, fecha que ha llegado a ser considerada como el nacimiento de la Organización, ha soportado la prueba del tiempo y la Organización misma ha surgido como un factor importante en el sistema de las relaciones internacionales. Durante los 40 años transcurridos, la humanidad ha tenido éxito en evitar otra guerra mundial y las Naciones Unidas han hecho una contribución para ello.

Sin embargo, más que nunca en todos estos años, hoy es necesario declarar abierta y enfáticamente que la principal labor establecida en la Carta de las Naciones Unidas todavía no se ha cumplido: una garantía duradera de paz no se ha hecho realidad. Hoy, más que nunca, se necesitan los esfuerzos conjuntos de naciones y pueblos para salvar a la humanidad de la amenaza de una catástrofe nuclear.

En términos prácticos, esto requiere, sobre todo, el fin de la carrera de armamentos en la Tierra e impedirla en el espacio.

También se necesitan renovados esfuerzos para extinguir los focos regionales de tensión y eliminar los vestigios del colonialismo en todas sus manifestaciones.

Las Naciones Unidas, asimismo, tienen otras urgentes tareas ante ellas: facilitar, a través de verdaderas medidas de desarme, la reasignación de recursos destinándolos a propósitos creativos, a fin de eliminar el atraso, el hambre, las enfermedades y la pobreza. Los mismos propósitos deberían ser servidos mediante la reestructuración de las relaciones económicas internacionales sobre una base justa y democrática y asegurando derechos y libertades humanas genuinos, sobre todo el derecho a vivir en paz.

Decimos todo esto porque estamos firmemente convencidos de que aun cuando observamos el cuadragésimo aniversario de la Organización, la atención de sus Estados Miembros debería centrarse en hacer que el trabajo de las Naciones Unidas fuera más eficiente y productivo.

La Unión Soviética, uno de los fundadores de las Naciones Unidas y miembro permanente del Consejo de Seguridad, continuará, como antes, contribuyendo en toda forma al éxito de esta Organización mundial en el cumplimiento de su noble misión, sobre la base del estricto respeto de su Carta.

Mikhail Gorbachev."

Entre los acontecimientos del calendario de la vida internacional, el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas representa una ocasión especial. Mientras una vez más nos vuelve a la memoria la tragedia y la gran victoria de la humanidad, miramos más de cerca al mundo que nos rodea y pensamos más profundamente en qué y cómo podemos y debemos hacer para que este planeta sea más seguro y más justo.

El establecimiento de nuestra Organización nos recuerda una costumbre popular: cuando un hombre comienza a construir una casa, toda la comunidad lo ayuda. Desde los cimientos hasta el techo, la casa es construida con los esfuerzos conjuntos de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, que con justicia piensan que solamente puede ser una casa donde la paz y la felicidad vivirán por siempre. Esta costumbre existe en muchos países y tiene un gran significado humanista, que corrobora una simple verdad, es decir, que en la vida es mucho más lo que nos une que lo que nos separa.

Hace cuatro décadas, la comunidad mundial tuvo la sabiduría y la fuerza para construir una casa de paz y seguridad universal: las Naciones Unidas.

Estamos orgullosos de que la Unión Soviética haya participado activamente en la colocación de sus cimientos, orgullosos de la contribución que nuestro Estado, junto con otros países socialistas y amantes de la paz, han venido haciendo para el logro de los nobles ideales de la Carta de las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas fueron creadas por los pueblos que habían pasado por el casi insoportable trance de la más brutal de las guerras. La generación actual, a la cual la guerra también le causó dolor y sufrimientos, tiene la obligación de entregar a sus descendientes un mundo libre de la carga de la autodestrucción universal. Esta, como ha subrayado Mikhail Gorbachev, es la misión fundamental de las generaciones actuales.

Así es precisamente como están actuando los países de la comunidad socialista en el escenario internacional. Lo evidencia la declaración adoptada en la reunión del Comité Consultivo Político de los Estados-Partes en el Tratado de Varsovia, que se acaba de celebrar en Sofía.

Es completamente natural que en un aniversario hagamos un balance de cuáles son los resultados del trabajo realizado durante los últimos años. ¿Cuál es el resultado principal? La respuesta es simple y concreta: no ha habido una guerra mundial en este período. Las Naciones Unidas han contribuido a ello al ser un foro universal de Estados, una Organización única, que ha llegado a ser una parte indispensable de las relaciones internacionales contemporáneas. Se diga lo que se diga - algunas veces no sin justificación - en relación con las deficiencias, los fracasos y las esperanzas frustradas, es un hecho incontestable que el prestigio y la reputación de las Naciones Unidas son grandes y universalmente reconocidos. Un hombre no es nada cuando está solo y esto también es cierto respecto de las naciones. En un mundo que está a la vez unido y dividido, todas las naciones necesitan apoyo y protección. Las Naciones Unidas son el lugar de donde esas naciones pueden esperar recibir ambas cosas.

Ninguna fecha histórica es meramente una ocasión para mirar al pasado. La mejor forma de celebrar este aniversario es concentrarnos en los problemas que están sin resolver. Dirijamos nuestra atención colectiva a los problemas que, desgraciadamente, no nos permiten decir que todos los requisitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas están siendo plenamente cumplidos y en todas las partes.

El problema principal, el de garantizar la paz para las generaciones presentes y futuras, sigue aún entre nosotros; y aún se destaca de manera más nítida que

nunca. Hoy, nuestro planeta se ve acosado por preocupaciones y ansiedades. Pero la carga más pesada que soporta la humanidad sobre sus hombros es la carrera de armamentos que nos está llevando inexorablemente al borde de un abismo. Es nuestro deber detenerla y después invertirla, e impedir que se extienda al espacio ultraterrestre.

La Unión Soviética contraponen al concepto de guerra de las galaxias el de paz de las galaxias y el de una paz duradera en la Tierra. Recientemente, Mikhail Gorbachev expuso el programa soviético de medidas definidas encaminadas a detener la carrera de armamentos y a mejorar la situación internacional en su conjunto.

La Unión Soviética propone un mundo sin armas en el espacio.

La Unión Soviética propone un mundo donde se reduzcan radicalmente y se eliminen enteramente las armas nucleares.

La Unión Soviética propone un mundo en el que la Unión Soviética y los Estados Unidos de América den un ejemplo a las demás Potencias nucleares cesando todas las explosiones nucleares.

La Unión Soviética propone un mundo en el que la Unión Soviética y los Estados Unidos de América renuncien al desarrollo de nuevas armas nucleares, congelen sus arsenales y proscriban y destruyan sus sistemas antisatélites.

Hemos propuesto una solución amplia en relación con las armas nucleares de mediano alcance en Europa y hemos retirado del servicio algunos de nuestros misiles de mediano alcance en la zona europea. Si se logra un acuerdo apropiado, tampoco incrementaremos el número de tales misiles en la parte asiática de nuestro país, siempre que no se dé un cambio sustancial en la situación estratégica en aquella región.

Pensamos que las medidas radicales en el campo del desarme nuclear deberían ser combinadas con un amplio conjunto de medidas concretas encaminadas a disminuir las tensiones militares y a fomentar la confianza.

Todo esto se llevaría a cabo bajo una verificación estricta y digna de confianza. En aquellos casos en que el control con ayuda de medios técnicos nacionales no brinde el grado de confianza necesario, estamos dispuestos a complementarlo con procedimientos adoptados de común acuerdo. Y decimos esto enfáticamente porque hay quienes quisieran hacer creer a la opinión pública mundial que la Unión Soviética está en contra de la verificación. Esto lo dicen quienes,

al mismo tiempo que inventan nuevos tipos de armas tecnológicamente sofisticadas, están ocultando deliberadamente la verdad: que cuantas más armas haya en el mundo, más difícil es llevar a cabo la verificación. Esto lo dicen quienes están creando nuevas armas, diseñadas de antemano para hacer más difícil la verificación. A nuestra vez les preguntamos: ¿están ustedes dispuestos, como lo estamos nosotros, a desmontar cientos de misiles y de aviones, y miles de ojivas nucleares? Digan que sí y seguramente podremos ponernos de acuerdo sobre la verificación.

No es menos importante obrar de acuerdo con los tratados ya firmados o, utilizando el lenguaje de la Carta de las Naciones Unidas, respetarlos, lo que significa que es inadmisibles interpretarlos de una manera unilateral y arbitraria. Uno no puede, por ejemplo, interpretar el Tratado sobre la limitación de los sistemas de proyectiles antibalísticos diciendo que permite el desarrollo de sistemas de misiles antibalísticos a gran escala, y, para colmo de males, con base espacial. En relación con este punto citaré el texto completo del artículo V, número 1, de dicho Tratado: "Cada parte se compromete a no crear, ensayar ni emplazar sistemas de proyectiles antibalísticos o sus componentes con base en el mar, en la atmósfera, en el espacio o en tierra con plataforma móvil". (A/C.1/1026)

¿Qué puede haber sobre todo esto que no esté claro? ¿Qué es lo que hay que interpretar?

Esperamos que los Estados Unidos adopten una postura que haga posible, en la futura reunión en la cumbre soviético-norteamericana, alcanzar un acuerdo de principio sobre los temas puestos a discusión en las negociaciones de Ginebra. No hay duda de que este sería el mejor regalo para todos en este aniversario de las Naciones Unidas. Esto es lo que todos los pueblos del mundo están esperando con ansiedad.

Hoy nadie tiene el derecho a esperar simplemente, sin tomar medidas concretas. Cada Estado, y nuestra Organización en su totalidad, pueden y deben contribuir a asegurar una paz estable y duradera, así como a abrir para los pueblos del mundo perspectivas luminosas de vida en el tercer milenio. Como ha dicho Mikhail Gorbachev:

"Los acontecimientos internacionales han llegado a una línea que no se puede cruzar a menos que se tomen decisiones altamente responsables encaminadas a poner un límite a la carrera de armamentos y a detener el deslizamiento hacia la guerra. Estas decisiones no pueden postergarse, so pena de arriesgarnos a perder el control sobre un proceso peligroso que amenaza la existencia misma de la humanidad."

Sí, hasta ahora hemos podido salvar al mundo del flagelo de una gran guerra, lo cual constituye en sí mismo una gran realización. Pero, ¿acaso esto puede atenuar los sufrimientos causados a las naciones por las llamadas guerras pequeñas? Indudablemente, los sufrimientos que estas guerras han infligido a pueblos y países no son pequeños, sino enormes. Han traído consigo un dolor inenarrable y les han hecho retroceder docenas de años en cuanto a desarrollo social y económico. Esto se puede ver en Viet Nam, donde ni las personas ni el medio ambiente han podido recuperarse aún de las consecuencias de las bárbaras agresiones con napalm y otros agentes químicos, los cuales han mutilado a todo el país. Esto también puede verse en el Oriente Medio y en el África meridional, donde el terror israelí y sudafricano respectivamente han llegado a convertirse en una cruda realidad cotidiana para varias generaciones. Esto se puede presenciar en el Afganistán y en Nicaragua, donde las balas de asesinos alquilados, los dushmans y los "contras", están matando a miles de personas.

El derecho a la seguridad es un derecho universal. La Unión Soviética no disocia su seguridad de la de otros Estados. Propiciamos resueltamente que la paz se garantice a todos los pueblos en forma colectiva, como lo exige la Carta de las Naciones Unidas. Esta es la base de todos nuestros esfuerzos por conjurar y terminar con los conflictos armados en diversas regiones del mundo y llegar a una solución justa en situaciones explosivas. A nuestro juicio, las Naciones Unidas, al iniciar su quinto decenio, deberían poner entre sus máximas prioridades la solución de este problema.

La seguridad tiene muchas dimensiones. La agresión, el terrorismo de Estado y las demostraciones de fuerza son algunas de las fuentes de peligro que amenazan a los pueblos, a su libertad, a sus derechos y a la dignidad humana. Existe un vínculo directo entre el militarismo de un Estado en su proyección exterior y su ambiente moral interno. El culto de la supremacía y de la fuerza bruta, el fomento de las enemistades y el odio hacia otros pueblos y el crimen organizado invariablemente desembocan en el pisoteo de los derechos sociales y económicos de los seres humanos y de su seguridad y libertad personales.

Tampoco podrán enraizarse la fe en la justicia y en la dignidad de la persona humana donde el color de la piel y las características antropológicas predeterminen el lugar que ocupan los seres humanos en la sociedad, imponiendo límites a sus aspiraciones, posibilidades y bienestar material. El racismo, en todas sus variantes y manifestaciones, desde el burdo apartheid hasta la refinada discriminación de ciertas llamadas democracias, es la violación más flagrante de los derechos humanos.

La vida nos enseña una y otra vez que el hombre no concibe su dignidad personal al margen de la dignidad de su nación o de su pueblo, y cuando el pueblo está humillado también se ve humillada esa pequeña partícula que es el ser humano. Es imposible tolerar que se despoje a ciertos pueblos del derecho a la patria, a su tierra natal, donde están sus raíces históricas y de su derecho a tener un Estado y sus instituciones nacionales más importantes.

En el globo terrestre ya no quedan espacios en blanco, pero han surgido, en cambio, espacios en negro, territorios de donde por la fuerza de las armas y el terror son expulsados pueblos enteros. En la conciencia de la humanidad ha surgido como una mancha la noción de pueblos sin hogar. En tanto el pueblo palestino no

tenga la posibilidad de crear su propio Estado; en tanto no adquiera su independencia el pueblo namibiano, las naciones no podrán dejar de sentir la amarga sensación del deber no cumplido.

Y en tanto en las Naciones Unidas exista la vergonzosa lista de territorios coloniales y dependientes; en tanto persistan para los seres humanos "corrales" como las reservas y bantustanes de diversa laya, una onerosa carga de culpa persistirá en la conciencia de nuestra Organización.

La difícil situación económica internacional repercute dramáticamente en el destino de los seres humanos. Millones de personas deambulan por el planeta en busca de trabajo, entrando en la categoría de ciudadanos de segunda clase, de los más desposeídos de sus derechos y más cruelmente explotados. Crece y crece el abismo entre pobres y ricos, ya sean personas o países. Docenas de Estados se encuentran en situación de deudores, sobre todo porque el imperialismo realiza a sus expensas sus propios programas económicos y militares. El régimen económico neocolonialista, impuesto y preservado por la fuerza, ha provocado a estos Estados enormes pérdidas sociales y los priva de su libertad política.

Podría decirse que los préstamos y las deudas son cosas de cada uno de los Estados, pero cuando amenazan con dislocar a todo el sistema económico internacional el problema tiene que ser objeto de la atención más detenida de las Naciones Unidas, sobre todo cuando uno de los propósitos fundamentales de su Carta es

"... promover el progreso social y ... elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad."

Evidentemente, no me equivoco al decir lo siguiente: cada uno de los aquí reunidos se preguntará a qué ha venido su país a este foro, y al subir a esta tribuna se interroga cuán limpia está su conciencia ante la comunidad internacional y ante su propio pueblo.

Una vez más la Unión Soviética ha acudido también a este período de sesiones con la conciencia limpia y no con las manos vacías. Un país y un pueblo que tanto sufrieron por la guerra, que hoy después de 40 años todavía siguen sintiendo el dolor de sus heridas, proponen un amplio conjunto de medidas constructivas y realistas que pueden reducir al mínimo el peligro de una catástrofe general. Todas nuestras aspiraciones se orientan al futuro, pero en nombre del futuro hay que eliminar los riesgos hoy. El tiempo no aguarda y el futuro, como decía Albert Einstein, llega por sí solo con suficiente rapidez.

La historia de nuestra Organización nos ha enriquecido con un legado inapreciable que todos compartimos. Se trata de la nueva realidad que se manifiesta en el hecho de que en las Naciones Unidas el tono ya no lo da un grupo de Estados sino la mayoría, cuya voluntad ya no es posible someter a las imposiciones de los dictados de otros; se trata de la prudencia colectiva que nos protege de juicios no ponderados, de errores fatales o de resoluciones carentes de medida; se trata de instituciones bien asentadas donde se comunican 159 Estados, y el mereo hecho de que, siendo tan diferentes, tan distintos entre sí, puedan hallar no obstante - aunque no en todas las ocasiones - un lenguaje común para formular conjuntamente altos criterios morales, es también un enorme activo de nuestra Organización; y, por último, se trata de la experiencia que, en general, tiene un impacto positivo en el proceso tendiente a resolver los problemas encarados por las Naciones Unidas y el mundo.

Esto, para nosotros, es una fuente de optimismo, del optimismo que tanto necesita hoy la humanidad; y la razón de que creamos en su sentido común y en su futuro.

El PRESIDENTE: Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia y Enviado Especial del Presidente de la República Francesa, Sr. Roland Dumas.

Sr. DUMAS (Francia) (interpretación del francés): Un mundo mejor, tal era la misión confiada en San Francisco a la Carta de las Naciones Unidas, que nos reúne aquí.

Cuarenta años más tarde, la esperanza que los pueblos, agotados por demasiadas guerras, habían depositado en el ordenamiento de las relaciones entre las naciones para lograr la paz y la cooperación, continúa viva, se ha expandido y ha adquirido una fuerza nueva. Las esperanzas y las expectativas que se dirigen hoy hacia nosotros son tan grandes como las que existían entonces. Respondamos a ellas con entusiasmo, con fe, cada uno en su lugar y de acuerdo con sus posibilidades.

Sí: para Francia, el compromiso contraído hace 40 años sigue firme y digno de ser tenido en cuenta. Sí: para Francia, la esperanza de que el diálogo y la cooperación reemplacen a las furias de las armas sigue viva aún. Sí: Francia quiere compartir con las demás naciones la misma voluntad de construir un porvenir común para toda la humanidad.

Nuestra Organización surgió de los escombros de la guerra. Los vencedores de entonces renovaron la apuesta hecha en 1919: eligieron el camino del derecho y el compromiso colectivo de preservar la paz futura y aumentar la prosperidad del mundo. Pero ellos, sabiamente, habían aprendido la lección de la historia.

La Sociedad de las Naciones, paralizada casi desde su nacimiento, había tenido el mérito de abrir el camino, de promover los principios y de unir a los hombres. Pero su debilidad estructural era grande, como lo ilustraron ampliamente los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en Europa, el Africa y el Asia entre las dos guerras, y la gran crisis que sobrevino en la economía mundial. Recordemos estas cosas en este día del cuadragésimo aniversario.

Con conocimiento de esa experiencia, las "naciones unidas" que se congregaron en San Francisco en 1945 adoptaron una Carta cuyo mayor mérito se fundaba en la búsqueda de un orden mundial nuevo, pacífico, basado en compromisos y mecanismos realistas que tomaron en cuenta el verdadero equilibrio de las fuerzas en el mundo y en un llamado a la moderación y al espíritu de responsabilidad de parte de sus asociados en la obra común de la seguridad y la prosperidad colectivas. Francia continúa apegada al espíritu que inspiró a los constructores en San Francisco. Cree que los cimientos y las estructuras de nuestro edificio son sólidos y sanos. Organizar la paz, prevenir la guerra, trabajar por la emancipación y la organización de la gran sociedad del hombre ¿qué puede haber más noble, pero también más difícil?

Hacer que las negociaciones prevalezcan sobre la fuerza, el intercambio sobre la explotación, la libertad sobre la represión, ¿qué puede ser más justo, pero también más penoso?

En primer término, la paz. Sin duda, se ha preservado la paz global; no ha estallado una tercera guerra mundial, pero los conflictos locales han sido y son todavía numerosos y mortíferos. Muy a menudo las superpotencias, olvidando sus promesas y sus compromisos persiguieron su propia estrategia prestando oídos sordos a los llamados de los más débiles.

Por supuesto, Francia no intenta negar el papel que juega el equilibrio de las fuerzas entre esas dos Potencias, que puede constituir y ha constituido un factor de estabilidad. Pero espera de ellas que negocien una reducción de sus fuerzas que pueda abrir el camino al proceso de desarme nuclear, al que Francia podría unirse en el momento oportuno. Hasta entonces, Francia mantendrá las fuerzas necesarias para su seguridad. El Presidente de la República Francesa lo repitió recientemente

en los términos más firmes, respondiendo a propuestas que le fueron hechas. Por esta razón también, las fuerzas francesas no pueden ser tomadas en cuenta en cualquier negociación que nosotros aprobemos, pero en las cuales no participemos.

Sin embargo, la existencia de bloques rivales esconde serios peligros cuando los entusiastas de uno u otro atizan el fuego, que todos frecuentemente están esperando que estalle en llamas, o cuando se extiende la esfera de la carrera de armamentos. No podemos aceptar que debido a la rivalidad Este-Oeste se desarrollen incesantemente nuevas zonas de tirantez y que estallen nuevos conflictos entre Estados vecinos.

Demasiadas regiones en el mundo sufren hoy la guerra con su estela de muerte y sufrimiento, como para que nuestra Organización pueda resignarse a ello como si fuera cosa de la fatalidad y reduzca sus esfuerzos en la búsqueda de la paz. A nuestro juicio, el Consejo de Seguridad juega un papel decisivo a este respecto. Debemos tener la voluntad política de fortalecer su acción. De esta manera hemos escuchado con el más grande interés las declaraciones del Presidente Reagan, que son testimonio de una evidente voluntad de diálogo en esta materia.

Las Naciones Unidas, lejos de ser un mero observador, deben participar activamente en la solución de los conflictos regionales. Francia está dispuesta a ayudarlas en esto. Ella ha pagado con la sangre de sus hijos el precio de su participación en las fuerzas que las Naciones Unidas han emplazado por el mundo a fin de separar a los combatientes y promover el arreglo de las controversias.

Mi país desea rendir homenaje a la acción infatigable y resuelta del Secretario General y a la de todos aquellos que, a pesar de los fracasos y de los retrocesos, perseveran en la difícil tarea del diálogo y la negociación.

Cincuenta y un Estados participaron en 1946 en la primera Asamblea General. Hoy día están representados 159. Esas dos cifras muestran el camino que se ha recorrido. El advenimiento a la independencia de casi todos los países del tercer mundo ha trastornado las reglas del juego anteriormente reservadas sólo para un puñado de naciones. Con estos nuevos Estados, el reclamo por un nuevo orden mundial que garantice un justo lugar a cada uno no sólo en los intercambios sino también en la solución de los asuntos del mundo, ha adquirido una dimensión totalmente nueva.

Las grandes conferencias que siguieron a las de Bandung afirmaron la necesidad de un compromiso mayor en favor de todos los objetivos establecidos en la Carta, particularmente en la esfera del desarrollo. Recordemos, en efecto, que para la vasta mayoría de aquellos que aquí están representados el desarrollo es el otro nombre de la paz. Cada día la miseria y la desesperanza cobran vidas. Las Naciones Unidas reflejan en su composición el poderoso surgimiento de una juventud que, casi siempre desposeída, aspira a la dignidad y al bienestar. Sepamos organizar para el futuro la transición de las generaciones. Aprendamos a escuchar a todo aquello que esta universalidad que es el cimiento mismo de las Naciones Unidas nos ha aportado. Reconozcamos que entre nosotros hay lugar, al lado de las relaciones de fuerza entre los ricos, para la expresión de los sufrimientos y las dificultades de un nuevo mundo que está emergiendo.

Francia, con sus asociados europeos, está trabajando para echar las bases, especialmente a través de los acuerdos de Lomé, para una organización más armoniosa de las relaciones de interdependencia que vinculan a todos los países del mundo a través de la economía, el capital, el comercio y la tecnología.

El endeudamiento mundial, como se sabe ha alcanzado los límites de lo que era aceptable. Se están produciendo disturbios sociales, se derrumban las economías y las democracias se tambalean.

Es vital que todos compartan esta convicción: el destino de los acreedores y de los deudores está íntimamente vinculado, y sólo puede encontrarse una solución repartiendo la carga entre los dos. Es inconcebible que los países en desarrollo tengan que enfrentar la recesión o el estancamiento como su único horizonte para los próximos 15 ó 20 años. Hay que ayudar a los países endeudados, especialmente a los más pobres, así como acompañar sus valerosos esfuerzos para realizar ajustes que fortalezcan las estructuras de sus economías y creen las bases para un crecimiento sostenido y duradero. Es necesario que los grandes organismos financieros mundiales aumenten la capacidad de su ayuda. Son indispensables financiaciones de origen público para todo el tercer mundo en el Asia, el Africa y América Latina.

En una palabra: no habrá solución duradera a los problemas de la deuda sin que se vuelva a un crecimiento constante y a alto nivel de la economía mundial, y por tanto, sin una organización de los mercados de materias primas, sin un mayor respeto de las reglas del comercio internacional, sin una reforma del sistema monetario internacional que garantice previamente la estabilidad de las monedas; sin un mayor acceso, finalmente, a los progresos de la tecnología.

A nuestro juicio la solución a largo plazo de todas estas cuestiones sólo pueden encontrarse mediante la creación de un orden económico y financiero justo y eficaz, en el cual las Naciones Unidas tienen un papel eminente que desempeñar.

Sepamos también utilizar las instituciones económicas y financieras creadas después de la segunda guerra mundial, en Washington o Ginebra, que respondieron a las necesidades de la época y que nos han servido bien. Reconozcamos que deben evolucionar y ampliarse para responder a las realidades actuales.

Las Naciones Unidas y en primer lugar el Secretario General han sabido organizar la solidaridad que debía la comunidad internacional al Africa sufriendo. Ahora les corresponde responder a las demandas apremiantes de los que quieren no sólo sobrevivir sino también crecer y esperar.

Antes de concluir deseo recordar que la causa que nos reúne aquí, a pesar de la diversidad de nuestra historia y de nuestros sistemas económicos y políticos, sigue siendo la del hombre. La defensa de la integridad y dignidad de la persona, cualesquiera sean su color, religión o ideas, sigue siendo a nuestro juicio la tarea más noble de las Naciones Unidas. Tratemos de no olvidarlo jamás.

La ambición de los padres fundadores de San Francisco era generosa. Pero aun si los hechos no respondieron a sus esperanzas, su elevado objetivo sigue siendo el nuestro. La Organización que nos legaron es una imagen de nuestro mundo, con sus imperfecciones y esperanzas. Nos corresponde transmitirle el entusiasmo y la voluntad política que siempre inspira a los pueblos del mundo. Francia hace votos porque las próximas etapas de la vida de nuestra Organización le permitan comprobar una verdadera disminución de la tirantez internacional, el progreso de la libertad, la reanudación y continuación de un crecimiento económico sano y perdurable para los países más pobres y un mayor respeto por los valores y derechos de la persona humana.

Entonces, podremos sentirnos indudablemente complacidos de haber contribuido a edificar el "mundo mejor" que elegimos como símbolo del aniversario que hoy celebramos.

Se levanta la sesión a las 12.55 horas.